



Fanny, que se había casado con un tal señor Skeffington, del que hacía muchos años se había divorciado —por razones que ella consideraba ineludibles—, para su sorpresa, había empezado a pensar mucho en él después de no haberle dedicado ni un solo pensamiento durante años.

Lo que más le preocupaba era que no hubiera pescado. Solo había habido pescado en el desayuno durante el breve reinado del señor Skeffington como marido; el señor había sido pertinaz en semejante tradición y le gustaba ver que lo que había visto siempre en casa durante su juventud seguía sobre la mesa. Con la desaparición de su marido, la bandeja del pescado, de plata maciza, desapareció también... y no es que él se la llevara, porque estaba demasiado triste como para pensar en bandejas, sino porque el desayuno de Fanny, desde el día de la partida de su marido hasta el momento presente, consistía en medio pomelo.

Por supuesto, Fanny se preocupó bastante cuando tuvo una imagen tan nítida, repentina e inesperada de su marido y el pescado, aun sabiendo que ni él ni la fuente del pescado estaban allí realmente. Estuvo a punto de ir al médico por eso; pero como nunca había sido muy proclive a ir a ver a los médicos, pensó que sería mejor esperar un poco. Porque, al fin y al cabo, pensó Fanny, que se consideraba un mujer muy juiciosa, iba a cumplir muy pronto los cincuenta años, y al alcanzar una ese hito tan conspicuo y

solemne, ¿qué puede ser más natural que mirar atrás y meditar sobre el pasado, y qué podría ser más inevitable, al meditar sobre el pasado, que toparse con el señor Skeffington?

Durante un tiempo, él desempeñó un papel protagonista en la vida de Fanny. Reconocía que había sido la piedra angular de su carrera. Gracias a las provisiones que le había asignado su marido —provisiones de un hombre extraordinariamente rico y extraordinariamente cariñoso— ella vivía de maravilla, y gracias a sus infidelidades —pero ¿debe una agradecer las infidelidades?, bueno, da igual— era libre.

Le había encantado ser libre. Había disfrutado de veintidós años de maravillosa libertad, y había disfrutado cada minuto de esos veintidós años... excepto los minutos finales de las aventuras amorosas, cuando de repente parece inevitable que todo resulte angustioso, y excepto estos últimos tiempos, cuando se estaba recuperando de una terrible enfermedad y no tenía nada que hacer, salvo pensar... y empezó a pensar en el señor Skeffington. Tal vez era el desagradabilísimo cumpleaños que se avecinaba lo que la impulsaba a pensar en esas cosas tan solemnes. Tal vez fuera el hecho de estar tan terriblemente débil después de la difteria. Tal vez era la manera en que su encantador cabello se había caído a puñados. El caso es que pensó en todo aquello, y el que había sido antaño su marido pareció responder a la evocación con una celeridad que la sorprendió, y poco a poco se convirtió en algo inquietante, vívido y real.

Sin embargo, eso solo había ocurrido en los últimos meses, y estaba segura de que, cuando recuperara las fuerzas, se le pasaría. Hasta que contrajo aquella enfermedad, ¡qué tranquila había sido su vida! Una vida radiante, de verdad, llena de todo tipo de cosas divertidas y excitantes, como los pretendientes —hubo una época en la que parecía que todo el mundo quería ser amante de Fanny—, y todo porque el señor Skeffington nunca fue capaz de resistirse a sus jóvenes secretarías.

¡Cuánto se había enfadado con aquellas mecanógrafas!, hasta que se dio cuenta de que en realidad eran las puertas hacia la libertad. Cuando por fin las vio tal como eran, cerrojos que se descorren y puertas que se abren, dejó de enfadarse y, bien al contrario —aunque, hablando de manera estricta, se suponía que no debía— empezó a alegrarse. No, no debería haberse alegrado, pero qué difícil resultaba no alegrarse de estar sin el señor Skeffington. En ningún momento había disfrutado de su matrimonio. Lo sentía muchísimo, pero la verdad era que no había disfrutado de su matrimonio. Entre otras cosas, él era judío, y ella no. Eso no hubiera importado, porque ella carecía de prejuicios, si no hubiera dado la casualidad de que su marido era exactamente como se suponía que era un judío. No había ninguna necesidad de que lo pareciera. Fanny conocía a mucha gente que se había casado con judíos, y ninguno de ellos era tan parecido a un judío como Job (el nombre del señor Skeffington era Job; un nombre, todo el mundo coincidía en eso, que no podía ser más desafortunado). En fin, no podía evitarlo, y desde luego había sido muy amable. Siendo una chica bien, que creía en la fidelidad a sus votos y en corresponder como debía, ella también había sido muy amable. Sin embargo, no lo había hecho de corazón. Descubrió que un matrimonio con alguien de distinta educación está lleno de pequeñas fricciones; y ella tuvo que cambiar de religión también, cosa que le molestó, a pesar de que ella no profesaba ninguna en realidad. Así que cuando él le ofreció todas aquellas oportunidades de librarse de él de manera honrada, aunque al principio se sintió indignada, acabó estando encantada.



Fanny sabía muy bien que sus reacciones a las infidelidades del señor Skeffington no eran en absoluto las más apropiadas, pero no podía evitarlo. Era perfectamente consciente de que debería

haberse enfadado cada vez más y más, y debería haberse mostrado cada vez más desgraciada; pero, en vez de eso, las cosas habían ocurrido del siguiente modo: obligada a perdonar a la primera mecanógrafa —tal fue la penitencia y la vergüenza de su marido—, la segunda, aunque tuvo un carácter humillante, no le causó tanta angustia. Con la tercera casi estuvo tranquila. Con la cuarta tan solo se extrañó de que hubiera tantas jóvenes que apreciaran a su marido lo suficiente como para hacer ese tipo de cosas, pero imaginó que todo se debería a su dinero. A la quinta fue a visitarla y le preguntó con toda seriedad a la pobre y asustada criatura qué había visto en él. Con la sexta, salió y se compró unos sombreros nuevos; y después de la séptima, se marchó.

Se marchó y no volvió. Se marchó y no volvió a verlo hasta que se encontraron en el Tribunal de Divorcios. Desde entonces, no había vuelto a ver al señor Skeffington, salvo una vez, no mucho después de la liberación definitiva, cuando su coche —el coche del señor Skeffington, en realidad, si se considera el asunto sin apasionamiento— se detuvo en el Pall Mall en el preciso momento en que él se cruzó por delante cuando se dirigía a su club. Allí estaba ella, tan encantadora, delicada y bella en la oscuridad del vehículo, una mujer a la que sin duda cualquiera desearía poder amar, con un gran sombrero de la colección de principios del verano de 1914 cubriendo su pelo, cuya suave melena él había acariciado con lujuria en días más felices; ahora estaba tan desinteresada en aquel hombre que apenas si se molestó en girar la cabeza. ¿No era duro? Bueno, ¿no era terriblemente duro?, se preguntó el señor Skeffington, con todo su ser convertido en una amarga queja. ¿Acaso no la había adorado, no había vivido para ella, no había pensado solo en ella... incluso cuando estaba pensando en la preciosa chica de la oficina también? Y, a la larga, ¿qué eran para un hombre aquellas chicas preciosas de la oficina? Nada. Nada. Menos que nada, comparadas con una esposa querida, exquisita, y según creía, permanente.

Pero Fanny, de reojo y a través de sus pestañas, sí que lo vio, y vio cómo dudaba y casi se detenía, vio que se ruborizaba, y pensó: «Pobre Job, creo que todavía está enamorado de mí», y reflexionó sin mucho interés, mientras el coche subía por St. James's Street en dirección a su preciosa casa —la casa de él, en realidad, si se considera desapasionadamente—, sobre la evidente capacidad de los hombres para estar enamorados de varias mujeres a la vez. Porque estaba segura de que Job tenía a varias mujeres en la cabeza en el preciso momento en el que dudaba en la acera y se ruborizaba de amor por ella. Fanny lo sabía muy bien: Job no podía prescindir de tener a varias mujeres: una en casa, otra en la oficina, y otra Dios sabe dónde; tal vez en Brighton, a donde tanto le gustaba ir a respirar, según decía, la brisa marina.

Y, sin embargo, allí estaba, casi deteniéndose al verla, y mirándola con aquellos ojos perrunos y vidriosos, como si ella fuera el único amor de su vida. Y ella, que prefería pensar en las cosas de una en una, empezó a considerar la paciencia que había tenido, su paciencia de todo punto angelical, frente a sus deslices. Siete deslices, antes de que ella hiciera algo al respecto. Podría haberse divorciado de él tras el segundo desliz, una decisión plenamente justificada incluso a ojos de su madre, que era partidaria de que las esposas se aferraran a sus maridos; si se hubiera divorciado entonces, podría haber emprendido su vida de mujer independiente a los veintitrés años, en vez de a los veintiocho. En ese caso habría tenido cinco años más de libertad, con todo el mundo volcado en consolarla por el vergonzoso trato que su marido le había dispensado, y por lo que imaginaban que debía de haber sufrido. Su paciencia le había costado cinco años; cinco años de felicidad.

Y se preguntó, mientras entraba en su biblioteca llena de flores —era increíble la cantidad de flores que cada día llegaban para Fanny en esa época— y saludaba a lord Conderley de Upswich, un admirador apasionado de cierta edad (ella pensaba que era viejo, pero en realidad aún no tenía cincuenta años), esperándola para

salir a comer... se preguntaba, en fin, qué otra mujer habría tenido semejante paciencia. ¿O, más bien, no era paciencia sino indiferencia?

Sí, pensó Fanny, que era una mujer sincera, y le gustaba considerarlo todo con honradez: no es que fuera un ángel; es que, después del tercer desliz, simplemente dejó de importarle.



Pero todo eso había ocurrido hacía mucho tiempo. No parecía mucho, pero lo era. En aquel entonces tenía veintiocho años. Ahora pronto tendría cincuenta. Habían transcurrido casi veinticinco años... en realidad, habían pasado como un rayo, desde que vio al señor Skeffington aquella mañana en la acera del Pall Mall. ¿Y los huevos de chorlito con los que Conderley la había agasajado después en el Berkeley con tanto fervor —aquellas cosas medio cocidas estaban bastante duras, o eso le había parecido mientras los pelaba—, dónde habían quedado? Reaparecieron como flores, tal vez, o como hierba, y se las habían comido los corderos y, al final, en forma de cordero, se lo había comido ella. Mirando atrás, todo se había desperdigado y desvanecido para reaparecer como otra cosa distinta. La vida, desde luego, era un asunto muy raro... tan breve y, sin embargo, tan larga; tan firme y sólida y, sin embargo, en cuestión de unos pocos años, que habían parecido minutos, todo se había desmoronado y dispersado de mala manera. Si ella y Job hubieran tenido hijos, ellos también, para entonces, estarían por ahí, dispersos y de cualquier manera. Serían mayores. Estarían casados. Y, por supuesto, la habrían hecho abuela. Increíble, las cosas que a una le pueden hacer otras personas. Imagínate, verte obligada a ser abuela, ¡te guste o no!

Pero... nietos. Saboreó la palabra con delectación y cautela, como si quisiera ver a qué sabía exactamente. Una mujer puede

ocultar durante años que ha cumplido cincuenta años —siempre que no la busquen en la Debrett—,¹ pero no puede ocultar que tiene nietos, porque sin duda insistirían en aparecer por todas partes. Menos mal, entonces, que no los había. ¿Quién querría parecer una reliquia?

Sin embargo... ¿no llenarían un vacío? ¿No llegaban los nietos a la vida cuando esta empezaba a escasear, como el pelo de una? Como había tenido aquella horrible enfermedad en otoño, con la fiebre por las nubes durante días, su pelo —lo sabía y lo odiaba— ya no era lo que fue. Desde entonces nada parecía ya lo que había sido. Había estado en el campo durante varios meses, recuperándose poco a poco, y cuando regresó, le pareció que Londres y la gente de Londres podrían haber sido un lugar diferente y una especie distinta: eran tan apáticos, tan tristes... Y respecto a la manera en que sus amigos habían empezado a morir últimamente...



Fanny reflexionaba sobre todos estos asuntos en la cama. Era una mañana gélida y brumosa de febrero, pero dentro, en su dormitorio, todo era rosa y cálido. Envuelta en su bata de tocador rosa —cuando era más joven, el ajuar de cama había sido de un verde marino, pero era curioso, se dijo, con qué frecuencia las camas de las mujeres mayores van girando al rosa—, las luces atenuadas y rosadas favorecían su belleza, y mientras un maravilloso fuego de madera bañaba la estancia con un fulgor rosado, ella desayunaba, o intentaba desayunar, la mitad de un pomelo.

¹ *Debrett's Peerage & Baronetage* era una guía que recogía información genealógica y de protocolo sobre la aristocracia británica, incluyendo títulos nobiliarios, linajes, y reglas de precedencia; también tenía información sobre etiqueta y normas sociales. (*N. del T., como todas las demás*).

Una fruta fría y amarga para empezar un día de invierno, pensó, y abandonó el esfuerzo y apartó la bandeja del desayuno. La idea era mantenerse delgada; pero imaginemos que una se mantiene delgada —y, desde su enfermedad, seguramente nadie podía estar más delgado que ella—, ¿de qué sirve si no tienes pelo? Se podía ir a Antoine's, claro, y comprar pelo, pero comprar pelo, ¡comprar pelo!, cuando una había tenido tantísimo hasta hacía solo unos meses... eso resultaba de lo más horroroso. Y, además, una vez que una se ponía algo en la cabeza que no le pertenecía... bueno, eso ponía fin a muchas otras cosas. Por ejemplo, el pobre Dwight, el último y también el más joven de sus admiradores —de un tiempo a esta parte eran cada vez más jóvenes—, un becario Rhodes² recién salido de Harvard, que la veneraba con fervor transatlántico, ya no sería capaz de tocar su pelo con aquella reverencia nunca más, como cuando ella se lo permitía a veces, si el joven había sido especialmente amable y paciente. Si le tocara el pelo ahora, podrían ocurrir cosas espantosas: es posible que las cosas más espantosas ocurran cuando una mujer se permite tener admiradores mientras se va desmoronando poco a poco.

El fantasma de una risa tímida, el débil murmullo de una alegría sarcástica se apreció en sus labios ante las imágenes que surgían en su mente; aunque la verdad es que todo aquello era un asunto muy serio para ella. Los admiradores habían desempeñado un papel muy importante en su vida; la parte más importante, con mucho, en realidad, confiriéndole color, y calor, y poesía. Qué desoladora habría sido la vida sin ellos. Ciertamente también le habían causado bastantes molestias y pesares cuando, tras un tiempo, la acusaban de haberles dado falsas esperanzas. Cada vez que uno de ellos decía eso, y todos acababan diciéndolo, ella se asombraba

² La prestigiosa beca Rhodes es una asignación internacional para estudios de posgrado en la Universidad de Oxford, en el Reino Unido. La estableció en 1902 el magnate británico Cecil Rhodes.

de nuevo. ¿Falsas esperanzas? A ella le parecía que, lejos de haberles dado falsas esperanzas, ellos acudían en tropel esperanzados, mientras ella, por su parte, tan solo permanecía quieta y sin hacer nada.



Aparentemente cómoda y envidiable en su cueva rosada y acogedora, se recostó pensando en aquellos admiradores para no pensar en el señor Skeffington. En el exterior, la niebla era densa y amarillenta, y hacía un frío penetrante; en el interior estaba Fanny, calentita, disfrutando de una vida tan aparentemente envidiable. Pero, en realidad, no era muy envidiable. Estaba calentita e iluminada con mucho cuidado, como la pintura de los viejos maestros flamencos y renacentistas, pero lejos de ser envidiable, era un amasijo de nervios de punta tras una noche desvelada y bastante desagradable, y el zumo del pomelo en el estómago, amargo e irritante, no había contribuido en absoluto a calmarla. Tal vez, se dijo, mirando de reojo los restos del pomelo, en invierno, y mientras aún se estaba recuperando de la enfermedad, debería comer algo caliente para desayunar, algo más nutritivo, como un pescadito...

Y de inmediato, al pensar en esa palabra, ahí apareció de nuevo: el señor Skeffington. Lo había estado apartando de su pensamiento con sumo cuidado, y ahora, con una sola palabra, allí estaba; y le parecía que ya no estaba en su dormitorio, sino con él, en el piso de abajo, en el salón, y tras la bandeja de plata con el pescado, y ella enfrente, con la cafetera: igual que habían estado en tantos desayunos aburridos durante los deliciosos años de su encantadora y primerísima juventud. Y allí estaba él, mirándola con adoración entre un bocado y otro, y diciendo, con ese orgullo posesivo y desbordante que ella solía encontrar tan molesto:

—¿Y cómo está mi pequeña Fanny-Wanny esta deliciosa mañana?

Y lo decía aunque no fuera una deliciosa mañana, aunque estuvieran cayendo chuzos de punta, y aunque, unas horas antes, ante la proposición de reunirse con ella en su dormitorio, ella le hubiera asegurado con toda la vehemencia del mundo que ella ya no sería nunca jamás su pequeña Fanny-Wanny, por culpa de las mecanógrafas.

Porque él tenía una disposición inquebrantable y optimista cuando de mujeres se trataba, y un carácter muy cariñoso.



Abrumada, se recostó en sus cojines y almohadas, cerró los ojos, y se abandonó a la tristeza. Había pasado una noche horrible; y había hecho todo lo posible por olvidarla; y esa era la gota que colmaba el vaso.

La criada entró calladamente en la habitación, observó su actitud, retiró la bandeja sin molestarla y se escabulló en silencio de nuevo. «Bueno, bueno, cómo estamos esta mañana...», pensó la doncella, que se llamaba Manby.

«Ni siquiera puedo...», se decía Fanny a sí misma, con los ojos bien cerrados, y con la cabeza recostada en las almohadas. «Ni siquiera puedo mencionar el pescado, aunque no tenga ninguna relación con nada, ¡sin que él se presente al instante delante de mí!».

Le empezaba a parecer que tendría que ir a ver al médico, quien, por supuesto, la primera cosa que haría sería preguntarle cuántos años tenía; y cuando ella se lo dijera, de verdad, porque no tiene ningún sentido no ser sincera con los médicos, empezaría a hablar —qué horror— de su edad. Pero bueno, la verdad, Job se estaba pasando de la raya. Que fuera febrero, el mes en que se casaron, no debería haberla perturbado tanto, porque había habido

muchos febreros desde que ella lo dejó, y en ninguno de ellos se había molestado en cruzar por su pensamiento. Había permanecido oculto, tranquilo y callado, en lo que ella suponía que era la obligación del pasado, mantener a su marido oculto, tranquilo y callado. Pero ahora surgía a cada paso.

Había que ponerle freno de alguna manera. Sabía que las apariciones de su marido no eran más que una invención de su cerebro, pero eso era precisamente lo que hacía que resultaran tan devastadoras. Perder la cabeza a los cincuenta parecía un triste final tras una vida gloriosa. Y no era que no hubiera hecho todo lo que había podido, y no hubiera razonado y meditado, e intentado ser juiciosa y objetiva. Había hecho todo lo que se le había ocurrido, incluso ordenar que retiraran su silla del salón... incluso tomar baños fríos. Sin embargo, no tardó en descubrir que todas esas medidas no servían de nada. Los baños fríos solo conseguían que estuviera temblando el resto del día y, respecto a la silla, para ser solo una fantasía de su mente, el hecho de no tener silla no impedía que el señor Skeffington se pudiera sentar delante de ella. Las imaginaciones son así, tenía que admitirlo. Se podían sentar donde quisieran, aunque no tuvieran dónde.

Bueno, algo habría que hacer al respecto. No podría aguantar mucho más sin sufrir un verdadero ataque de nervios. Después de la noche que acababa de pasar, y que estaba intentando olvidar con todas sus fuerzas pensando en Dwight, pensando en cómo había perdido casi todo el pelo, pensando en cualquier cosa que se le pasara por la cabeza que no fuera el señor Skeffington, por mucho que le disgustara la idea de tener que enredarse con los médicos, era evidente que tendría que ir a visitar a alguno. Porque esa noche el señor Skeffington se le había aparecido con una nitidez y claridad insoportables. Puede que no fuera más que una fantasía de su cabeza, pero tenía que admitir que su marido había conseguido que su imaginación brillara a gran altura, presentándolo muy vívido, muy real, muy verdadero. Hasta el momento, su

exmarido solo la había molestado durante el día: se sentaba en las comidas con ella, se reunía con ella en la biblioteca, la acompañaba en el vestidor; pero la noche anterior, es decir, la noche del aniversario del día que se casó con él, treinta años atrás, cuando llegó tarde de una fiesta —y no de muy buen humor, porque todo el mundo había estado muy aburrido—, él estaba esperándola en el vestíbulo, y le había cogido la mano, o ella había sentido como si le hubiera cogido la mano, y había subido al piso de arriba con ella, igual que hizo treinta años antes, y se quedó en la habitación todo el tiempo, mientras ella se desnudaba, e insistió en arrodillarse y ponerle las zapatillas, y de verdad, le había besado los pies. Es horrible que una fantasía te bese los pies, pensó Fanny, abriendo los ojos con un escalofrío, e incorporándose de golpe en la cama.



Se quedó mirando aquel fuego brillante y reconfortante. Qué fuego tan encantador... Todo cuanto la rodeaba era encantador. Nada en el mundo, la verdad, tendría que preocuparle. Debía mantener la serenidad. Y si sentía frío en su interior, seguramente era solo por el pomelo.

Manby, que parecía capaz de ver a través de las paredes, sabía que la señora había abierto los ojos, y entró de manera discreta. Entró de lado, ocupando tan poco espacio como pudo en la puerta, para evitar las corrientes de aire y llevarle las cartas de la mañana en una bandeja.

—¿Se va a poner el gris o el marrón esta mañana, señora? ¿O saco el negro? —preguntó.

Fanny no contestó. Volvió la cabeza y miró la bandeja de las cartas, y entrelazó las manos alrededor de las rodillas encogidas. Había un montón de cartas, pero todas parecían aburridas. Era extraño lo poco interesantes que habían sido sus cartas y los